



Quizá sorprenda que uno de los padres de la macroeconomía centre su análisis en la búsqueda de sentido, en aprender a vivir de manera virtuosa y disfrutar de las cosas sencillas

La cuenta atrás está en marcha. Apenas quedan ocho años para el fin del capitalismo. Al menos así lo vaticinó [John Maynard Keynes](#) en junio de 1930. Fue durante una visita a España para impartir una lección magistral en la Residencia de Estudiantes de Madrid. La tituló [«Las posibilidades económicas de nuestros nietos»](#). Tras el crac del 29 y con el mundo a las puertas de la Gran Depresión, sus palabras rompieron con el pesimismo del momento: «El problema económico podría resolverse dentro de cien años».

Con mirada esperanzadora, [Keynes](#) predijo que, una vez satisfechas las necesidades que llamó *absolutas*, la humanidad se atrevería a **liberarse del «repugnante amor al dinero»**, a destronar la avaricia y la usura que conducen a creer «que lo malo es justo porque lo malo es útil». Solo entonces, en su opinión, el hombre podría enfrentarse a su «verdadero problema», que es [qué hacer con su libertad](#), descubrir cuál es su propósito.

Quizá sorprenda que uno de los padres de la macroeconomía centre su análisis en la **búsqueda de sentido**, en aprender a vivir de manera virtuosa y disfrutar de las cosas sencillas. ¿Qué diría al comprobar que la riqueza todavía mide el éxito social, que el *tener* no cede ante el *ser*?

Sin duda, **Keynes** advertiría una tendencia emergente: aquellos nietos a los que dedicó su ensayo no parecen dispuestos a alentar un sistema que vacía el alma y agota la Tierra. Los expertos afirman que el modelo económico se encuentra en transición, y todas **las palabras clave comienzan por re-**: *reconstruir, repensar, reinventar, reiniciar...*

[«Reimaginando el capitalismo»](#) es uno de los cursos más populares de la Escuela de Negocios de Harvard. Mientras la profesora [Rebecca Henderson](#) cuenta a cientos de líderes del mañana que [ganar dinero no es el único propósito de una compañía](#) y cómo redirigir su papel hacia el bien común, los conceptos *capitalismo sostenible* o *capitalismo responsable* van ganando fuerza entre la élite empresarial y política.

Pero no basta con que el Foro Económico Mundial incluya estos principios en un [manifiesto](#) o presente la iniciativa [The Great Reset](#). Como ha asegurado la directora general de la Unesco, **Audrey Azoulay**, «si queremos transformar el futuro, si queremos cambiar el rumbo, [debemos repensar la educación](#)». El eco de esta idea, que presidió en enero el cuarto Día Internacional de la Educación, me llevó a recordar algunos tesoros, aún por descubrir, del [informe Delors](#).

Frente a los planes que priorizan la adquisición de conocimiento, el estudio publicado en 1996 concibe **la educación como un todo que debe contribuir al desarrollo global de cada persona**. En el documento se apuntalan **cuatro pilares básicos**: aprender a **conocer**, aprender a **hacer**, aprender a **vivir juntos** y aprender a **ser**. Hoy en día, merece especialmente la pena reflexionar sobre los dos últimos porque favorecen, por un lado, la comprensión mutua, el pluralismo y la paz; y, por otro, la autonomía, la capacidad de juicio y la responsabilidad individual sobre el destino colectivo.

Para desplegar este enfoque holístico de la educación, numerosos centros han incorporado en su currículo la teoría de las [inteligencias múltiples de Howard Gardner](#). Ahora bien, de los nueve tipos descritos por el investigador de la Universidad de Harvard, existe una, la última en llegar al paradigma, que suele ningunarse: la **inteligencia espiritual**, también conocida como trascendente o existencial. Su colega de campus, el psicólogo clínico [Richard Wolman](#), la define como la capacidad de [preguntarse por el sentido de la vida](#) y de experimentar simultáneamente la conexión entre cada uno de nosotros y el mundo. ¿Por qué los proyectos educativos no apuestan por cultivar

algo tan genuinamente humano?

Francesc Torralba, catedrático de Ética de la Universidad Ramon Llull de Barcelona, señala la causa: **confundimos espiritualidad y religiosidad**. Pero, como subraya este filósofo, la espiritualidad es una potencia con la que todos nacemos, como la capacidad de hablar. Probablemente, esta dimensión -que nos faculta para buscar respuestas, analizar nuestros comportamientos, asombrarnos con la realidad y valorar lo que nos une- sea la variable que faltaba en el ejercicio de *economía ficción* de **Keynes**. La inteligencia espiritual tiene la llave para alcanzar el gran cambio que ahora se dibuja en el horizonte.

Fernando Echarri dirige el área educativa del Museo Universidad de Navarra

Fuente: [Nuestro Tiempo](#)